



Zarpamos de Alejandría muy entrada la noche. Nos disponemos a bordear el ancho Delta del Nilo y lo hacemos durante toda la noche, dejando por la popa una bahía que es famosa en la Historia: Abu Qir. En ella, Nelson sorprendió y destruyó a la flota de Napoleón, empeñado por aquel entonces en la batalla de Egipto.

Al amanecer fondeamos frente a Port-Said, junto a varios buques, en su mayor parte petroleros, que ya han echado antes sus anclas.

Hacia mediodía, una gran lancha comienza a repartir prácticos a los distintos buques y se organiza el convoy que cruzará el canal de Suez, por riguroso orden de llegada.

Cuando la caravana naval se forma de noche, cada buque lleva un potente faro en la proa que le servirá para iluminar el Canal y evitar cualquier colisión.

Nosotros vamos en medio de la hilera de barcos; pero, al llegar a Port-Said, nos desvíamos entrando en Port-Fuad, frente a aquél y al otro lado del Canal.

Hay aquí un largo espigón de cemento en el que se erigió una estatua de bronce, que el tiempo ha vuelto verdoso, a Fernando de Lesseps el cual, con su mano derecha extendida, nos invita a pasar por la que fué su gran obra.

Un periodista de El Cairo, idiotizado seguramente por su odio a todo lo occidental, pidió que se demoliera dicho monumento creyendo así, qui-

Port-Said

zá, que con esa chiquillada íbamos a olvidarnos de quién fué el promotor de esa vía de navegación.

Tanto Port-Said como Port-Fuad, son dos puertos sin muelles. Los buques quedan amarrados a dos boyas y pasajeros deben embarcar en lanchas motoras que los conducirán a tierra.

Port-Said es una ciudad moderna de calles amplias y limpias. Hasta los árabes parecen menos mugrientos que los de Alejandría.

No hace mucho, este lugar era poco menos que una ciudad inglesa; pero hoy está casi desierta. Muchas casas aparecen con la totalidad de sus ventanas cerradas, el comercio languidece y en los cafés no nos sentamos más que cuatro personas.

Allí nos asaltan los vendedores ambulantes, más pesados que los de cualquier otra parte, intentando vendernos tabaco, postales e incluso uno que pretende darnos una exhibición de juegos de manos, haciendo desaparecer con pasmosa rapidez un pollito rubio que no tendrá más de una semana.

Permanecemos una hora larga sentados y se acercan, al menos, tres veces cada uno, como si ni ellos ni nosotros nos acordáramos ya de que nos había importunado antes.

Los camareros tienen cara de aburridos y los poquísimos ingleses que quedan adoptan el aire del que ya tiene la maleta hecha y está esperando el momento y buscando la forma de que su marcha no parezca una huída.

Port-Said es una esquina del mundo. Prácticamente, aquí comenzamos a encontrar el continente más grande del mundo y el que nos dará más quebraderos de cabeza en las próximas décadas.

Nos levantamos y damos un paseo antes de volver a tomar

la lancha que nos llevará a bordo.

Seguimos encontrando calles poco menos que desiertas, mientras de los comercios salen corriendo mercaderes instándonos pasemos al interior en donde podremos adquirir por ventajosos precios, márfiles, alfombras, dagas y mil objetos más que los orientales trabajan y fabrican para que las compren los occidentales.

A todo eso, un limpiabotas nos sigue durante doce minutos —reloj en mano— intentando dar lustre a nuestros zapatos. Le decimos que se largue en tres o cuatro lenguas; pero él se hace el loco, sigue señalando nuestras botas y, dando una carrerita hacia adelante, se sienta en el suelo y prepara su cajita esperando que, cuando lleguemos a él pongamos el pie sobre ella; pero no lo consigue.

Uno de nosotros comete la equivocación de darle un cigarrillo esperando que se marche, más él sigue empeñado en lustrarnos los zapatos. Es tan tenaz y pacienzudo, que está a punto de conseguirlo; pero oímos la sirena del buque que da el primer toque de atención y arrancamos corriendo hacia el embarcadero.

Hoy, cansados los egipcios de pasar hambre durante muchos años, mientras tenían ante sus narices el gran bocado que es el Canal de Suez, se han incautado del mismo.

Ignoro cuando escribo estas líneas cómo está la crisis provocada por dicho acto, ni si ello originará una guerra; pero de lo que no me cabe ninguna duda es de que se quedarán con el Canal, porque todos poseen una tenacidad a prueba de bomba, como aquel pequeño limpiabotas.

Luis Molins Florejachs